

Lo que se dijo en la cruz

Mateo 27; Marcos 15;

Lucas 23; Juan 19

«Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23.34a).

Nada revela a Dios como la cruz, y nada expone al hombre como la crucifixión. La cruz es repulsiva y grotesca; solo Dios pudo glorificar una muerte en una cruz. La crucifixión fue caos, irreverencia, agonía, dolor y veneno.

No era de esperar que en la cruz hubiera profunda filosofía; sin embargo, algunas de las aseveraciones más grandes de toda la historia fueron hechas allí. Jesús hizo siete aseveraciones mientras estuvo en la cruz. Las primeras tres se centraron en otros; las últimas cuatro tuvieron que ver con Él mismo.

Perdón. Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23.34). Esta fue una oración, no una declaración. La primera y la última de las aseveraciones de Jesús, fueron oraciones elevadas a Su Padre.

Jesús deseaba misericordia para Sus atormentadores. No obstante, para recibir el perdón de Dios, los que crucificaron a Jesús tendrían que someterse al arrepentimiento

bíblico que lleva a la reconciliación.

Jesús miró a los que le habían clavado en la cruz, y dijo: «Deseo que conozcan el perdón de Dios». Era raro que un crucificado orara. Orar por los verdugos era inconcebible. No obstante, esto fue lo que Jesús hizo. Mientras moría, Jesús oraba pidiendo perdón para los que estaban cometiendo el crimen de matar al Hijo de Dios. Algunos eruditos creen que Jesús repitió esta aseveración durante todo el período de las primeras horas de sufrimiento. La cruz es la más grande exhibición de perdón que el mundo jamás conoció.

Salvación. Jesús dijo al ladrón que estaba a su lado: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23.43). La primera aseveración fue para la multitud en general y la segunda fue para el ladrón en particular. ¡Jesús anunció que el ladrón arrepentido iba a estar con Él después que muriera!

¿Estaba este ladrón más perdido que nosotros? ¡Se necesita un Salvador manchado de sangre para salvar pecadores impregnados de pecado! Jesús tenía potestad en la tierra para perdonar pecados (Mateo 9.6; Marcos 2.10; Lucas 5.23–24).

El profeta Isaías dijo que Jesús sería contado con los transgresores (Isaías 53.12). Fue crucificado en medio de dos ladrones.

Responsabilidad. Jesús dijo: «Mujer, he ahí tu hijo» (vea Juan 19.26–27). La «mujer» era María la madre de Jesús. El «hijo» era Juan.

Jesús vio a Su madre. Se olvidó de Su propio dolor, para cuidar de Su madre, diciendo: «Juan, cuida de ella». Esto no era permanente. Era algo necesario para ese día.

Patetismo. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has de-

samparado?» (Mateo 27.46; Marcos 15.34). Esta es una cita de Salmos 22.1. A partir de este momento, las palabras de Jesús se centraron en Él y el Padre.

Ese fue el único momento en toda la eternidad cuando Dios y Jesús estuvieron separados. Con razón Jesús se entristeció «hasta la muerte» en el huerto (Mateo 26.38).

No fue a Jesús quien Dios desamparó; ¡fue el pecado! Dios desampara a pecadores que lo han desamparado a Él. Jesús llamó dos veces a Dios en la cruz. En ella, Él descubrió que Dios iba a ser Dios. Para recibirnos eternamente, Este tuvo que rechazar temporalmente a Su Hijo. Esto es parte del misterio de la cruz.

Como es usual, el hombre no alcanzó a entender lo que estaba sucediendo. ¡La gente creyó que Jesús estaba llamando a Elías! Jesús no temía los clavos, ni la muerte, pero sí le hacía estremecerse la soledad que resultaba de ser hecho pecado. ¡Qué horroroso era esto para Él! Jesús fue hecho todo lo que el pecado es para Dios, ¡y tuvo que sufrir toda esta terrible angustia Él solo! Jamás trató de salvarse a sí mismo. Esta es la profundidad de Su muerte sustitutiva. Si Él había de salvarnos, no podía salvarse a sí mismo. No podía hacer ambas cosas a la vez.

Sed. Después de seis largas horas, dijo: «Tengo sed» (Juan 19.28). Sus palabras hicieron que se cumpliera otra Escritura (Salmos 69.21).

No todas las aseveraciones hechas por Jesús en la cruz, fueron consignadas en todos los evangelios. Básicamente, cada autor reveló lo que los demás no revelaron.

Jesús mantuvo la plenitud de Sus sentidos y la claridad de Sus pensamientos mientras estuvo en la cruz. Al principio, rechazó una bebida que podía embotar Sus sentidos. En esta oportunidad, solicitó una bebida para mantener alerta Sus sentidos. Había conservado Su com-

postura y Su estado de alerta en la cruz.

De todos los dolores e incomodidades que experimentó en la cruz, la sed es el único que Él mencionó. Estas dos palabras comprenden la única necesidad física que Jesús mencionó en la cruz. Fue el único favor personal que solicitó. Su breve aseveración está cargada de poderosas ideas. No fue sino hasta que supo que había cumplido Su tarea (Juan 19.28) que Jesús pidió agua.

Victoria. Él dijo: «Consumado es» (Juan 19.30). Esta frase es una sola palabra en griego (*tetelestai*). Esta es la palabra más grande que jamás se dijo. Cuando oímos esta palabra, nos damos cuenta de lo poco que sabemos. Solo Jesús, con una sola palabra, ¡pudo resumir la totalidad del plan de redención!¹

¡Nos va a tomar toda la eternidad entender lo que nuestra salvación significa! ¡Jesús es el único que hizo a plenitud lo que Dios deseaba que se hiciera! Él dijo: «¡*Tetelestai!*!». Jesús vino a hacer la voluntad de Dios. ¡Y la hizo! El hombre, perdido en el pecado, tiene ahora un Salvador. ¡*Aleluya!*

Fe. Jesús dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23.46). No murió en la duda; ¡murió lleno de gozosa fe!

Sí, en un sentido humano, el hombre mató a Jesús; sin embargo, en otro sentido, el hombre no lo mató. Jesús eligió cuándo moriría y cuándo resucitaría. Él dijo: «Nadie me la quita [Mi vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Juan 10.18). Jesús dijo a Pilato que su poder solo era el que le permitía Dios (Juan 19.10–11). El espíritu de

¹ El plan de Dios para salvar del pecado a la humanidad (vea Hebreos 2.9).

Jesús no fue arrebatado de Él; Él lo entregó voluntariamente al Padre.

¡Considere como vivió Jesús! ¡Considere como murió Jesús! Sus últimas palabras también cumplieron una Escritura (Salmos 31.5). Jesús, la Palabra (Juan 1.1), respetó «la Palabra». ¡Debemos tener la misma actitud para con esta!

¡Jesús habló victorioso!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados